

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

Año III—Tomo IV |

San Salvador, Domingo 1º de Junio de 1884.

| Serie XIV—N. 157

Pentecostés.

Los judíos celebraban con la mayor solemnidad su fiesta de Pentecostés, y era una de las tres más grandes de todo el año, según la ley de Moisés.

En ella se recordaba, en medio de públicos regocijos, la promulgación de la ley, y el pueblo renovaba con el más vivo entusiasmo sus reiteradas promesas de perfecta sumisión y obediencia á los mandatos del Señor.

—“Siete semanas después del primer día de la Pascua, nos dice Clavel, viene la fiesta de Pentecostés, en la que se conmemora la promulgación de la ley sobre el monte Sinaí. En otro tiempo ofrecían los judíos á Dios, en esta solemnidad, las primicias de sus cosechas. Hoy, que se han suprimido los sacrificios y las ofrendas, se contentan con adornar los lugares santos y ciertas casas particulares de guirnaldas, de verdura y de flores. La ley se lee en la sinagoga y en las habitaciones de algunos fieles; se rezan preces y se entonan himnos sagrados, para celebrar el gran suceso en cuya memoria se ha instituido esta fiesta.” (*Historia pintoresca de las religiones, lib. V.*)

Fué durante esta solemnidad judaica que se verificó el suceso, todavía más grande y más notable para los cristianos, de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, para dar origen de hecho al definitivo establecimiento de la Iglesia en el mundo.

Veámos como se nos refiere este maravilloso prodigio en el libro de las *Actas de los apóstoles*.

—“Cuando se cumplían los días de Pentecostés, se hallaban todos (los apóstoles) reunidos en el mismo lugar; y de repente se oyó del cielo un sonido, como de un viento impetuoso que soplabá de lo alto, y que llenó toda la casa en que estaban sentados. Y se vieron en ellos lenguas separadas como de fuego, que se colocó sobre cada uno de ellos; y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron á hablar diversas lenguas, según el mismo Espíritu Santo les permitía que hablaran. Había en Jerusalén habitantes de la Judea, varones religiosos, y de toda otra nación que hay debajo del cielo, etc.” (*Cap. II.*)

Tal es la suma sencillez con que se relata por S. Lucas uno de los más admirables y estupendos sucesos, que la divina omnipotencia ha obrado en el universo.

De la data de ese suceso memorable se cuenta el establecimiento de la iglesia cristiana, y por ella comienzan también á contarse las maravillas que la gracia de Dios ha obrado entre los hombres, para comunicarles los dones sobrenaturales de regeneración y de salud, y aplicarles los frutos todos de una redención de Jesucristo.

¡Coincidencia admirable! si es que deba sorprendernos como una casual coincidencia la divina armonía que reina en las obras todas de Dios! Los cristianos celebran la solemne promulgación de la ley del cristianismo, el día mismo en que los judíos celebran la promulgación de la suya en la cima del Sinaí.

Los sucesos que uno y otro pueblo recuerda, aunque diversos en el orden cronológico de los tiempos y separados por el espacio de muchos siglos, son en la realidad uno mismo, y ambos contienen la expresión de una sola idea, de un solo pensamiento divino: es la revelación al hombre, degenerado por la culpa, de la Palabra eterna del Padre, que se comunica á nuestras almas para elevarlas al alto grado de perfección, de que habían sido despojadas.

La ley del Sinaí fué promulgada en medio de espantosos truenos, rayos y relámpagos, porque fué una ley de terror, que movía á los hombres por el miedo del castigo, antes que por la esperanza del premio.

La ley del Cenáculo se dió á conocer en medio de las misericordias que Dios derramó en los corazones humanos con el sacrificio del Verbo, y es una ley de amor que mueve á los hombres por el atractivo de una eterna recompensa y no por el terror que inspira el castigo del pecado.

Pero una y otra ley nos muestran los caminos que la divina Providencia sigue al procurar á los hombres su perfección y felicidad suprema, porque una y otra son la revelación de la palabra y de la voluntad de Dios, en que se contiene todo positivo elemento de salud y de vida.

La Iglesia, que comenzó á existir el día de Pentecostés, es la misma que ha atravesado diez y nueve siglos de combates y de luchas, triunfando contra mil obstáculos y contradicciones, que todas las pasiones humanas, levantadas contra ella, le han opuesto á su marcha de adelante y de progreso.

Los primeros apóstoles sembraron en el mundo una semilla, que no ha dejado hasta hoy de fructificar, regada por las gracias del cielo y fecundada al calor de las divinas promesas.

El evangelio, base del cristianismo y constitución admirable de la sociedad religiosa, fundada y organizada por el Verbo de Dios hecho hombre, se ha predicado y se predica en todo el universo. Los misioneros, legatarios del poder de los apóstoles, continúan su obra de propagación en todos los lugares del mundo conocido, para llevar á todas partes los preciosos frutos del divino rescate de los hombres.

La iglesia canta en todos los siglos su himno de marcha triunfal por en medio de todas las vicisitudes humanas, y al reconocer sus gloriosas victorias sobre los innumerables enemigos que caen rendidos á sus pies, les ofrece con mano cariñosa el perdón de sus

morales estravíos, y un lugar en el común banquete de goces perfectos y consoladoras esperanzas, con que pródigamente regala á sus hijos más fieles y escogidos.

San Salvador, mayo de 1884.

SECCION CIENTIFICA.

La frenología.

La frenología, ¿es ya una ciencia, como se pretende por algunos, ó no pasa todavía de ser una mera hipótesis?

¿Es conciliable el frenologismo con las sanas teorías filosóficas sobre la unión sustancial del alma con el cuerpo, sobre la unidad de principio de las operaciones vitales en el hombre, y sobre la espiritualidad y absoluta independencia del alma respecto del cuerpo por lo que hace á las funciones puramente intelectivas?

¿Pueden los diversos sistemas frenológicos reducirse á un solo principio, que sirva á todos de fundamento y de base?

¿Cuál es el origen, naturaleza y tendencias del moderno frenologismo, en todas sus fases y en todas sus manifestaciones?

Estas, y otras cuestiones análogas, fácilmente pudieran ocurrir á la mente de cualquiera que piensa un poco en esa teoría, nacida con todas las exajeraciones propias de una nueva escuela, de esa confusión de ideas y de principios, en que vino á sumergirnos el *dualismo cartesiano*.

Si prestamos atento oído á lo que han dicho los más fervorosos partidarios de la frenología moderna, con el fin de preconizar su importante y elevada misión en el círculo de las ciencias y de las instituciones humanas, nada hay que, como ella, envuelva una más vital trascendencia en la solución de todo género de problemas, sea en el orden especulativo, sea en el terreno de las aplicaciones prácticas.

—“A las consecuencias y aplicaciones de la frenología, dice Mr. Gaubert, se refieren las cuestiones filosóficas, las teorías generales y especiales, las mejoras relativas á la instrucción del pueblo, á las salas de asilo, á la enseñanza primaria, á las casas de detención, baños y prisiones, á los principios de derecho y legislación; las cuestiones de penalidad, la revisión de códigos, las costumbres de los pueblos y los caracteres nacionales, las diversas formas de religión, las artes, la política, la educación moral de todas las clases sociales, etc.”

Tal es la frenología en el concepto de sus admiradores y prosélitos; pero á pesar de todo eso, y de hallarse así constituida en *ciencia universal*, no ha podido todavía ser reconocida en su carácter de ciencia particular, ni traspasar los límites que la detienen en el círculo de las innumerables hipótesis, de que hoy, más que nunca, el humano ingenio se muestra tan fecundo. Sus multiplicados y perseverantes esfuerzos no han bastado para explicar los variados fenómenos del orden psicológico, moral y social, que tan enfáticamente se le atribuyen, y ni aun siquiera para darnos cuenta y razón de los hechos fisiológicos de nuestra naturaleza sensible.

El principio fundamental de la moderna frenología consiste en afirmar la *localización* de todas las facultades del hombre, aun de las puramente intelectuales y morales.

—“Lo que se llama hoy frenología, dice el sabio abate Debreyne, en otro tiempo se llamaba craneología, organología ó craneoscopia, y no es más que

el sistema del Dr. Gall, con el que se pretende conocer, por la inspección de las protuberancias, prominencias y depresiones del cráneo, las diversas facultades ó aptitudes del hombre con sus inclinaciones y pasiones; ó mejor dicho, es la doctrina de la pluralidad de los órganos cerebrales, y de la *localización* de las facultades intelectuales y morales.”

Esta definición basta para darnos á conocer, que la frenología es una deducción lógica de la teoría dualista de Descartes. Si el alma y el cuerpo se unen entre sí con unión meramente accidental, de modo que ambas sustancias conserven en el compuesto humano, su propia y específica naturaleza de tales, ningún inconveniente hay en admitir, que “el cuerpo, como dice el señor Balmes inficionado también del error cartesiano, es un *instrumento* de que el alma necesita para muchas de sus funciones,” ni menos para afirmar, como él mismo lo hace en seguida, que “las funciones de los órganos son *condiciones* necesarias al ejercicio de ciertas funciones del alma.” (*Psicol. Cap. VII*)

Esto último solo pudiera ser exacto, cuando se trata de las funciones del orden puramente espiritual, esto es, de los actos de la inteligencia y de la voluntad, que pertenecen al orden de las facultades inorgánicas. Pero si nos referimos á las funciones de las facultades del orden inferior, ó sensibles, el cuerpo, no solo no es mero *instrumento* del alma, sino que juntamente con ella se constituye en agente principal de la sensación y de la apetición sensible, de modo que puede decirse con toda propiedad, que el *cuerpo animado* siente y apetece, como en el orden de las facultades superiores se dice que el alma conoce y quiere.

Estas facultades superiores, inteligencia y voluntad, son propias y exclusivas del alma, que es su inmediato y único sujeto, y no necesitan de los órganos del cuerpo, sino á manera de *condiciones* para su ejercicio, y esto solo durante la vida presente. Es por esta razón que se las llama *facultades inorgánicas*, y en ellas precisamente estriba la independencia del alma de toda materia organizada, que es lo que constituye su *espiritualidad*, y la noble cualidad que la distingue del alma de los brutos, para poder *vivir* independientemente del cuerpo.

Las facultades sensibles, sean aprensivas, como los sentidos eternos, la imaginación y la memoria, ó sean afectivas, como los apatitos irascible y concupiscible, son *orgánicas*; esto es, se ejercen por el compuesto humano, que resulta de la unión íntima y sustancial del alma con el cuerpo, de modo que es el *cuerpo animado*, y no el alma sola ni el cuerpo solo, quien siente y apetece.

Esta sencilla distinción, con las ligeras observaciones que la acompañan, basta para poder asegurar, que en ningún concepto son capaces de *localización* material las facultades humanas, y que por lo mismo carece de todo valor científico el principio fundamental de la moderna frenología.

El alma no se halla sustancialmente localizada en ninguna parte del cuerpo, sino que se halla toda entera en todo el cuerpo y en cada una de sus partes vivas, como forma sustancial del mismo y primer principio de todas sus operaciones vitales, sean éstas vegetativas, sensitivas ó intelectivas.

Esto no impide que virtualmente el alma se halle como localizada en los diversos órganos del cuerpo; esto es, que sus diversas operaciones vegetativas y sensitivas se ejerzan por órganos determinados. El alma, de consiguiente, se halla toda en cualquier parte del cuerpo según la totalidad de su perfección específica ó esencial, pero no según la totalidad de su virtud ó fuerza operativa, ó sea por razón de sus facultades. Así decimos que el alma ve con los ojos, oye

con los oídos, saborea con la boca, etc., como igualmente decimos que ejerce las funciones de nutrición y desarrollo por medio de otros diversos órganos.

No hay duda que la perfección de los órganos, por cuyo medio se ejercen las operaciones de la vida vegetativa ó sensitiva, concurre á la perfección de esas mismas operaciones, como lo prueba una constante experiencia; pero de esta perfección relativa de los órganos, á la localización de las facultades anímicas en las diversas partes de la masa cerebral, hay una diferencia enorme.

También es indudable, que debiendo el alma ejercer sus facultades superiores, ó inorgánicas, durante la vida presente, por la aplicación de su actividad á las representaciones sensibles, ó á los fantasmas que la imaginación le ofrece, la perfección de los órganos, y especialmente del que se llama *sensorio común*, mucho contribuye á la perfección en el ejercicio de dichas facultades. De allí nace la sensación de dolor, de incomodidad y malestar que se experimenta después de profundos trabajos mentales. Esa sensación desagradable proviene, no de que la inteligencia se halle localizada en el cerebro, sino de que éste, siendo el órgano común de la actividad sensitiva, y debiendo ésta ofrecer á la acción de la inteligencia, como condición previa é indispensable, las imágenes ó representaciones sensibles de los objetos, aquél no puede menos que afectarse con el ejercicio del pensamiento.

El más ligero examen de la doctrina frenológica, tal como la esponen sus principales representantes, nos convence de que ella envuelve una tendencia bastante pronunciada á confundir la naturaleza del hombre con la del bruto. "El hombre, decía el Dr. Gall, no debe ser aislado de los animales, porque no es más que la continuación de la cadena animal."

Sus conexiones con el fatalismo, ó con la negación más ó menos explícita de la libertad humana, y por consiguiente, de todo orden moral, social y religioso, son bastante evidentes y manifiestas, para que puedan ser puestas en duda por alguno.

Broussais, lo mismo que los redactores de la *Revista frenológica* de Barcelona, han sabido deducir con buena lógica esas consecuencias fatalistas, antimorales y antireligiosas.

No es la menor de las dificultades que la moderna frenología ofrece, la de querer valorar la energía de las facultades y de las inclinaciones del hombre por la magnitud del órgano, que á cada una de ellas se atribuye en el cerebro. ¿Por qué se hace depender esa energía de solo la magnitud ó tamaño del órgano? Por qué no también de su interior estructura, de la materia de que se forma y de sus diversas propiedades íntimas? ¿Por qué no se le hace depender, además, de sus recíprocas relaciones con los otros órganos, y del temperamento y complexión general de toda nuestra organización?

La frenología, en general, siempre será una hipótesis, más ó menos fundada en la observación y en la experiencia; pero nunca pasará de darnos conocimientos meramente *conjeturales* sobre el valor y energía de las facultades del alma.

La dificultad práctica de detallar el número y condiciones de los órganos, que corresponden á las diversas y multiplicadas facultades del hombre, y el efecto que debe relativamente producir el desarrollo de los unos respecto de los otros, así como la necesaria relación que existe entre ese desarrollo y la energía de la fuerza vital de todos y de cada uno de ellos, harán siempre de la frenología un estudio peligroso, que puede fácilmente llevarnos al error.

Por lo que hace á las facultades superiores del alma, la frenología deberá siempre limitarse á un cono-

cimiento indirecto, en cuanto que su mayor ó menor energía sólo es apreciable por las relaciones que ellas guardan con las facultades del orden sensible.

Entre estas últimas deben distinguirse las perceptivas de las afectivas.

Las primeras, sean interiores ó exteriores, en cuanto dependen de órganos materiales para la realización de sus funciones propias, tienen una relación más directa y marcada con los dichos órganos del cuerpo, y por lo mismo pueden someterse al análisis y al examen frenológicos, sin peligro ninguno de que esta investigación *conjetural* nos conduzca al error.

El conocimiento frenológico de las facultades afectivas debe limitarse al de las mismas como meras propensiones ó inclinaciones naturales, sin aplicarse jamás á sus manifestaciones actuales, porque cualquiera que sea el grado de su energía y el desarrollo de los órganos respectivos, pueden ser ellas dominadas por las facultades superiores y dirigidas por la educación y la virtud, la religión y la moral.

De estas breves observaciones resulta, que la frenología, mientras se limita á establecer en lo general la relación que debe existir entre el desarrollo y perfección de los órganos, en todas sus múltiples y variadas manifestaciones, y el desarrollo y perfección de las facultades del alma, dejando siempre en salvo su espiritualidad y libertad, nada contiene que sea digno de desecharse por los sanos principios de la filosofía cristiana.

Pero la frenología moderna, en cuanto toda ella se reduce á *localizar* precisamente en el cerebro todas las facultades y las diversas inclinaciones del hombre, haciendo depender su energía de solo su magnitud, volumen ó tamaño, y sin hacer distinción entre las facultades superiores y las inferiores, es de todo punto incompatible con la sana teoría filosófica sobre la unidad sustancial del compuesto humano, una lógica deducción del *dualismo cartesiano*, ó sea de la unión accidental del alma con el cuerpo, y una premisa que legítimamente nos conduce á negar la espiritualidad, inmortalidad y libertad de nuestra alma, y por consiguiente á negar también toda moral y toda religión entre los hombres.

Mr. Cerise supo formular estas mismas deducciones, cuando dijo, que "el sistema del Dr. Gall es un sistema frenológico, que niega virtual y realmente todas las verdades por las que el hombre se distingue de los brutos; un sistema hostil á la moral, contrario á todos los datos de la sicología, y por consiguiente malo y falso, y una inmoralidad, á la par que un error. Trabajar por combatirlo y anonadarle, es á la vez una obra de fé y una obra de ciencia."

San Salvador, mayo de 1884.

M. F. VÉLEZ.

SECCION PIADOSA.

Fiesta de Pentecostés.

Antes de su ascensión al cielo, el Verbo encarnado había prometido á san Pedro y á los Apóstoles que les enviaría el Espíritu Santo, para que este Espíritu de verdad, de santidad, de justicia y de amor, fuese como el alma de la Iglesia. Les había ordenado, además, que esperasen en Jerusalén, en el retiro y en la oración, esta milagrosa venida del Espíritu Santo.

A consecuencia de esta orden y de esta promesa, san Pedro y los Apóstoles, así como los setenta y dos discípulos y las santas mujeres, se habían retirado en el Cenáculo y agrupados allí en torno de la santísima Virgen, Madre y Reina de la Iglesia naciente,

perseveraban en el ayuno y la oración. Así transcurrieron nueve días.

Al llegar el décimo, que era el quincuagésimo después de Pascua, y el aniversario de la promulgación del Decálogo por el Señor en medio de los rayos del Sinaí, á las nueve de la mañana toda la casa tembló, y el aposento en que se hallaban la santísima Virgen y los Apóstoles llenóse de una llama sobrenatural, símbolo del Espíritu Santo, del que era María el templo viviente. Descendió sobre cada uno de los Apóstoles bajo la forma de lenguas de fuego que los llenó, obrando en ellos una completa mudanza. En este momento recibieron, con la plenitud de los dones celestiales, el efecto de todas las promesas del Salvador; la Iglesia católica recibió su misión y su confirmación oficial; y, según las más venerables tradiciones, san Pedro, el primer Papa, celebró entonces por primera vez el divino sacrificio de la misa.

Toda la ciudad de Jerusalén había oído un gran ruido, y muchos millares de judíos se habían precipitado hácia el monte Sión, en donde estaba situado el Cenáculo. Al contemplar san Pedro esa multitud se compadeció de sus almas, y saliendo con los Apóstoles, se puso á predicar la resurrección y la divinidad de Jesucristo. Los Apóstoles celebraban asimismo las alabanzas y las misericordias del Salvador.

Un gran milagro tuvo lugar entonces: los Apóstoles predicaban en un solo idioma, y cada uno de los extranjeros que estaban allí presentes, y que no comprendían el hebreo, les entendía, no obstante, y creían oírlos hablar en su propio idioma. Dios quiso mostrar con eso que no solamente asistía muy realmente á sus Apóstoles, sino también que la Iglesia es la sociedad universal de todos los pueblos, la que los reúne á todos en una misma fé, en una misma verdad, y en el amor del mismo Señor Jesús.

En presencia de este gran prodigio, que nadie podía poner en duda, casi todos los presentes adoraron sin vacilar al Dios de san Pedro y de los Apóstoles, y exclamaron:

—¿Qué debemos hacer?

Entonces Pedro les instruyó brevemente en el misterio de la encarnación y de la redención, les preparó para el bautismo, y, asistido de sus hermanos, bautizó en el mismo día, casi á cinco mil personas.

Al día siguiente otros tres mil se convirtieron igualmente al Cristianismo.

Aquel fué el núcleo de esa inmensa é imperecedera sociedad católica, que desde entonces se ha extendido por el mundo entero para hacer reinan en él, con Jesucristo, la santidad y la paz, la abnegación y la caridad, la pureza de costumbres, el respeto del hombre, en una palabra, todo lo que es bueno, grande y verdadero sobre la tierra.

El Espíritu Santo es, lo repito, el alma de la Iglesia. Él es quien la anima, quien la vivifica, quien la fecunda, quien la sostiene y la protege; Él es quien la venga contra los ultrajes y las violencias; Él quien la mantiene en la verdadera fé, y quien asiste siempre al Papa, jefe de esta Iglesia. El Espíritu Santo es el Espíritu de Nuestro Señor Jesucristo, y reside en plenitud en el sagrado Corazón del Salvador, como en un foco de amor y de vida. Él procede, en efecto, del Hijo lo mismo que del Padre, y solo llega á los fieles por el divino canal del corazón de Jesucristo.

Nuestro Señor, que es todo y quien todo lo hace en su Iglesia, nada obra sino por su Espíritu Santo, que derrama como un celestial rocío sobre las almas. Así el Espíritu Santo es quien da á los Sacramentos toda su virtud y al Papa su infalibilidad; quien confiere á los obispos y á los sacerdotes sus sagrados poderes; quien gobierna y dirige la Iglesia; Él es

quien santifica á los Santos, quien fortifica á los Mártires, quien fecunda las instituciones católicas, quien inspira las grandes cosas, y, por decirlo de una vez, quien todo lo hace, como Jesucristo y Dios Padre lo hacen todo. Dios nada hace sino por su Hijo Jesucristo, y Jesucristo á su vez no hace nada sino por obra del Espíritu Santo, que es su omnipotencia, su bondad, el amor infinito y la vida eterna.

También es el Espíritu Santo quien, con el Padre y el Hijo, creó el cielo y la tierra, los Ángeles y los hombres; los animales, las plantas, los elementos, los astros, en una palabra, el mundo entero. Nada existe ni puede existir sin la acción del Espíritu Santo, es decir, del buen Dios. El Espíritu Santo, efectivamente, es con Jesucristo y el Padre el solo verdadero Dios vivo, Creador y Dueño de todas las cosas.

Los ángeles malos y los hombres perversos lo rechazan de su corazón, en donde Él quiere residir, lo mismo que Jesús y su Padre.

Nosotros, por el contrario, los fieles hijos de Dios y de la Iglesia, lo guardamos en nosotros mismos como el tesoro de los tesoros, como el origen de toda la gracia, y el germen de toda dicha y de nuestra gloria futura.

Cada año, cincuenta días después de Pascua, celebra la Iglesia solemnemente el recuerdo del Espíritu Santo por la magnífica fiesta de *Pentecostés*, la más grande del año después de las de Pascua y Navidad.

MONS. SEGUR.

SECCION DE LO INTERIOR.

El 27 de Mayo en la Catedral.—El Colegio de Señoritas eligió ese día del mes consagrado á la Santísima Virgen, para manifestarle su tierna y filial devoción.

Este acto no es prescrito por el reglamento, ni menos obligado por alguna coacción: sino el movimiento espontáneo de la piedad de las directoras y la devoción natural que germina en el corazón de la niñez, antes que las pasiones despierten en él otras inclinaciones.

Al principio se pensaba hacer una función más modesta; pues las directoras no querían aceptar de las alumnas sino una ofrenda muy pequeña y muy espontánea. Pero las familias de las niñas, que tanto se complacen en fomentar en el corazón de sus hijas la piedad y el culto á la Santísima Virgen, hicieron que estas contribuyesen á medida de su entusiasmo.

Así fué como todo se hizo con magnificencia y como se dió á los actos del culto el esplendor correspondiente.

Pero esta demostración material no fué por cierto el obsequio más apreciable que el "*Colegio de Señoritas*" ofreció en ese día á la Santísima Virgen; sino el de su piedad y tierna devoción.

Todas las alumnas internas y casi todas las externas comulgaron en la Misa mayor, con un recogimiento que edificó á todos y con un orden que revela la exacta disciplina del establecimiento.

Decimos casi todas las esternas, porque nos han dicho que hubo tres que no tuvieron voluntad de hacerlo; lo que prueba la espontaneidad de todas las que lo hicieron y la ninguna violencia que las directoras emplean sobre sus alumnas en el orden religioso.

Las niñas velaron todo el día al Santísimo Sacramento, alternándose en pequeñas secciones. También cantaron varias y hermosas piezas, con acompañamiento de piano. El Señor Presbítero Dr. Don Manuel Francisco Vélez predicó por la tarde un sermón análogo.

Damos nuestra enhorabuena á las dignas directoras del Colegio de Señoritas, las cuales, ya que por la ley

civil no pueden dar á la religión en el establecimiento oficial la parte que le corresponde en la educación, y más en la educación de la mujer, usan tan noblemente el derecho de manifestar sus creencias personales, á las que no han renunciado por su empleo.

Las damos también á las alumnas por su hermosa función en obsequio de la Santísima Virgen, que es el ideal más sublime de todas las virtudes que deben practicar.

Primera comunión.—Uno de los actos más edificantes de la función de que acabamos de hablar, fué la primera comunión de una de las alumnas esternas del Colegio de señoritas.

La señorita Mercedes Prado, hija del Señor Don Federico Prado y de la señora Doña Mercedes Aguilar de Prado, se acercó por primera vez á la *mesa eucarística*, después de haber recibido la instrucción y preparación necesarias para un acto de tal importancia.

La piedad con que sus cristianos padres la han nutrido, y su inocencia conservada con asidua solicitud, se manifestaron perfectamente por la devoción y modestia con que la niña se dirigió al altar é hizo los actos de su consagración al Señor.

No dudamos que las bendiciones celestiales habrán caído sobre su alma pura como rocío fecundante, para multiplicar sus virtudes y embellecer más el lirio de su inocencia.

Ojalá el pan eucarístico, llamado en la sagrada Escritura *pan de los fuertes*, le dé las fuerzas que necesita para recorrer el sendero de su vida, sin tropezar jamás en los lazos que el mundo tiende al candor y á la inocencia.

Damos á la señorita Prado y á su apreciable familia nuestro pláceme, por un acontecimiento cuyo recuerdo llenará siempre su hogar doméstico de la más grata satisfacción.

Defunciones.—El Sr. D. Juan Francisco Aguilar, que está actualmente en París con toda su familia, tuvo el dolor de perder á su tierna hija **Matilde**, que murió el 24 del corriente, á los dos años dos meses de edad.

Dos días después el Sr. D. Tomás Aguilar, perdió también á su amada hija **Dolores**, que era casi de la misma edad de Matilde, y la única hija que le quedaba de su malogrado matrimonio.

Igual golpe han sufrido el Sr. D. Dionisio Merlos y su familia, con la muerte de su niña **Hortensia**, que falleció el 27 del corriente.

Reciban todos nuestra condolencia, y nuestros sinceros votos por su cristiana resignación.

Parroquia de Tecapa.—Nos escriben lo siguiente:

“Desde que la viruela se aproximó á estas poblaciones, se estableció la enseñanza diaria de la doctrina cristiana á los niños, á fin de que la epidemia, ó mejor dicho, la muerte no los sorprendiera, sin saber lo indispensable para salvarse.

“Así pues los que estaban suficientemente preparados y en edad competente, que pasaron de cien, entre niños y niñas, hicieron su primera comunión el 22 del corriente.

“A la hora de la *Misa parroquial* se reunieron todos en la iglesia: las niñas estaban vestidas de blanco y con guirnaldas blancas en la cabeza.

“Antes de administrarles la Sagrada Comunión se les dirigió un discurso análogo, y el acto impresionó tanto, que lloraron no solo los padres de familia, sino también casi todos los concurrentes.

“Las niñas llegaban de dos en dos con las manos juntas, á recibir el pan sacramentado, y los varones en

el mismo orden. Dos señoritas se encargaron de poner en el pecho de los comulgantes una medalla de la Santísima Virgen, que les obsequió el Señor Cura.

“Durante la comunión, cuatro de las mismas niñas cantaban una preciosa canción á María Santísima, y contestaban en coro todos los demás. Se estrenó también ese día una bellísima imagen de Concepción, que colocada en el altar, parecía recibir las alabanzas de los niños.

“Después de la Misa, el Sr. Cura rezó con ellos las oraciones para dar gracias, y para renovar los votos del bautismo.”

El Hmo. Sr. Obispo ha tenido necesidad de ir á pasar algunos días á Santa Tecla, para restablecer su salud debilitada por los continuos trabajos de su ministerio.

Deseamos que pronto se mejore, para tener el placer de que esté entre nosotros.

El Sr. Canónigo Dr. D. Miguel Vecchiotti, encargado de los trabajos de la N. Catedral, que permanecía continuamente en el edificio para atender personalmente á tantos operarios, sufrió una fuerte caída á la una de la tarde del 26, que le dislocó el brazo izquierdo.

Por fortuna fué asistido inmediatamente por varios médicos, principalmente por el Señor Dr. Bonilla, que lograron restablecerlo en su lugar.

Sentimos muchísimo esta desgracia y deseamos que pronto convalezca el Señor Dr. Vecchiotti.

Guardias de honor del Santísimo Sacramento.—Hasta hoy se han establecido y fundado trece de estas piadosas asociaciones en diversas parroquias de la Diócesis. Son las siguientes:

La Merced en esta capital, Concepción de Santa Tecla, San Sebastián y San Juan de Cojutepeque, Opico, Santa Ana, San Vicente, Chinameca, Jucupa, Zacatecoluca, Olocuilta, Verapaz y Mejicanos.

El señor cura interino de Santo Tomás Teczacuanguos, Dr. Don Guillermo Rojas, la ha fundado ya, según sabemos, en su parroquia, y esperamos de un momento á otro que nos anuncie su inauguración.

Los celosos señores curas, que han promovido y llevado á término estas fundaciones, para fomentar el culto de su divina Majestad en el Santísimo Sacramento, están satisfechos de los buenos resultados obtenidos, y de ellas reciben una grande ayuda y cooperación en el aumento y esplendor del culto en general de sus iglesias.

Virtud recomendable.—Siempre lo es la de la caridad, y mucho más todavía cuando se ejerce con humildad, abnegación y desprendimiento, y evitando toda vana ostentación y todo espíritu mundano.

Un piadoso sacerdote español, originario de las Caldas de Andorra, que desea que su nombre permanezca ignorado, ha dado más de 200 pesos de limosna para edificación de la casa de Capellán que se levanta en Santa Tecla, contigua á la Iglesia del Carmen, fuera de 135 pesos que separadamente ha dado para la construcción de la misma Iglesia.

Casos de virtud muy dignos de imitación y alabanza y que Dios á manos llenas bendice, prometiéndoles las mejores recompensas en el cielo.

CRONICA ESTERIOR.

FRANCIA.—La Señora Paula Minek, la célebre amiga de la revolucionaria Luisa Michel y tan liberal como esta, contrajo matrimonio (civil, por supuesto)

con otra celebridad de su mismo partido. De este feliz matrimonio nació un niño, á quien sus padres de común acuerdo pusieron por nombre *Lucifer*.

El magistrado civil de Montpellier se negó á recibir la inscripción del pequeño Satán en los registros del estado civil, fundándose en una ley 1803 existente hoy, por la cual se prohíben nombres de esta clase para los efectos legales.

El niño murió poco después: pero la Señora Minek ha tenido otro hijo, al cual con persistencia *diabólica*, ha decidido llamar también *Lucifer*, agregándole el sobrenombre *Revolución*.

Para vencer la resistencia del magistrado de Montpellier, los padres han ocurrido al Ministerio reclamando que sea admitido *Lucifer* en los registros civiles.

Así es como el liberalismo en Francia se exhibe ante el mundo ilustrado.

—Dios, que ha inspirado la obra de la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, en París, como monumento expiatorio de los pecados de Francia, sigue protegiendo esta obra: las ofrendas de los fieles no cesan.

En el mes de Enero han ascendido las limosnas á 150,000 francos y el total general de limosnas hasta Febrero es de 13,587,000 francos.

—Hace poco M. Lesseps presidía en Lyon una asamblea de la Sociedad de Geografía; su discurso se refirió á las dos gigantescas obras que immortalizarán su nombre, el canal de Suez y el canal de Panamá.

Al tratar de esta última empresa, dijo textualmente estas palabras, refiriéndose á las Hermanas de Caridad.

“Cuando vi que se espulsaba del suelo francés á las Hermanas, les rogué que fuesen á Panamá; allí están en número de sesenta y desde su llegada, la mortalidad ha disminuido notablemente. No soy afiliado á ningún partido: pero *no quiero á esos liberales que tiranizan la religión.*”

INGLATERRA.—A 52,000,000 de reales asciende el presupuesto de la Catedral Católica de Londres, cuyas obras van á comenzar muy pronto en un ancho terreno cercano á la célebre abadía de Westminster, que ha sido comprado por 10,800,000 de reales.

—El Emo. Cardenal Manning, Arzobispo de Westminster, ha sido invitado oficialmente por el gobierno inglés, para formar parte de la *comisión regia*, encargada de reglamentar el pauperismo y estudiar el medio de establecer alojamientos gratuitos.

Eso prueba, por una parte el aprecio que se hace de los talentos y virtudes del Prelado, y también el progreso del catolicismo en las islas Británicas.

—En el seno mismo del protestantismo inglés se formó hace poco tiempo una nueva secta, llamada de los *ritualistas*, la cual se acerca cada vez más al catolicismo.

Estos protestantes admiten, como los católicos, la confesión auricular, y en la Iglesia que han establecido en Londres hay confesionarios. La fórmula de la confesión escrita en el mismo confionario, dice: “Yo pecador me confieso á Dios Todopoderoso y á la Santa Virgen María y á todos los santos. . . .”

Es de notar que esta es la vez primera que los protestantes ritualistas invocan directamente á la Santísima Virgen y á los Santos.

SUIZA.—Los católicos conservadores de Friburgo asistieron el día 26 en gran número á la asamblea del Círculo católico de Balle. Las notabilidades católicas de aquellas regiones estaban representadas por miembros del Gobierno del Cantón, de la Magistratura y del Gobierno de la Iglesia.

En esta importante asamblea, el pueblo de Friburgo se mostró más resuelto que nunca á defender in-

tegramente las doctrinas romanas, á adoptar el *Syllabus* como catecismo de las naciones y su salvación, á hacer guerra sin tregua ni cuartel á los errores del liberalismo y del catolicismo liberal condenados por Pío IX, á permanecer fieles á la fé de sus padres, á Dios y á su Iglesia.

Se dirigió un afectuoso telegrama de sumisión y de fidelidad á Mons. Mermillod, Obispo de la diócesis, que contestó bendiciendo al pueblo, á las autoridades y á los magistrados presentes á este gran *meeting* católico.

Muchos oradores hicieron uso de la palabra, entre los cuales merecen especial mención el Sr. presidente del Consejo de Estado; el Sr. presidente del gran Consejo; M. Alby, consejero nacional; M. Morand, presidente del tribunal Supremo del Cantón; el Canónigo Sr. Schorderet, director de la Obra de San Pablo, M. Grand, consejero nacional; M. Duvillard; prefecto de Gruyere, y M. Cassot, diputado.

El día 26 de Febrero de 1884 fué una fiesta fecunda y consoladora para los católicos de Friburgo.

ESTADOS UNIDOS.—El clero católico y principalmente el episcopado de los Estados Unidos, se ocupan activamente en prevenir las consecuencias de la expoliación de la Propaganda, organizando suscripciones en favor de las misiones católicas.

VARIEDADES.

REMITIDO.

La educación en el siglo XIX.

Ya otra vez hemos hablado sobre este asunto de interés vital; y ahora volvemos á tratar de él, bajo otro punto de vista. Cuestión es esta que debía ser tratada por plumas hábiles y bien cortadas; pero ya que enmudecen los que están llamados á levantar su autorizada voz y coadyuvar con sus luces á la regeneración moral de los pueblos, hablemos nosotros, si bien con la natural desconfianza de nuestras propias fuerzas; pero alentados por este principio: “nadie está obligado á dar más de lo que tiene.”

Digno es de deplorarse que hayan tantas inteligencias privilegiadas que solo se emplean en impugnar las creencias y prácticas de los católicos, en vez de hacer brotar la luz en la oscuridad de la ignorancia, en vez de moralizar á los pueblos, que bien necesitan una mano protectora que los conduzca hácia el camino del bien entendido progreso.

Se ha dicho ya que “la mala educación y la ignorancia son la causa de todos los crímenes y de todos los viejos.”—En los tiempos que atravesamos, esto es; en el siglo de las luces, de la civilización y el progreso, se educa á los hijos á su libre albedrío; digo mal, porque eso no es educar: se prescinde de la potestad paterna y de la sujeción filial, permitiendo á los hijos hacer en todo su voluntad, desde que nacen hasta que son hombres. Al niño no se le contrarían sus más pequeños caprichos, por extravagantes que estos sean: se prefiere alimentar sus malos instintos, sus nacientes pasiones, antes que oír sus impertinentes gritos, ó reprimir los arranques de su ira. ¡Ah, da tanta lástima oírlo llorar! Sale el adolescente á la calle cuando y cuantas veces quiere y mientras tanto sus padres ignoran donde está ó qué hace su hijo: vuelve á la hora que le place, y ellos ni siquiera tratan de averiguar donde andaba, porque la civilización les enseña que el hombre debe ser libre, hay libertad de acción. No cumple el hijo de padres católicos el precepto de oír misa los domingos y días festivos, ni

los demás preceptos de la Iglesia, sus padres no le exigen el cumplimiento de este deber, porque la civilización prescribe la libertad de conciencia. El trato que dan á su hijo debe ser atento y según las reglas de la urbanidad y la cortesanía, porque la civilización les aconseja la igualdad. Si alguien hace á sus padres alguna observación sobre este modo de educar, se le contesta que todavía está niño y que más tarde se le corregirá. ¡Vana ilusión que luego se convierte en crueles desengaños! Cuando la amarga realidad se presenta con toda su desnudez á la vista de los infortunados padres, entonces y solo entonces conocen su error. En vano querrán hacer valer su autoridad potestativa, porque aquel niño, criado sin freno alguno y dueño soberano de su voluntad, es capaz hasta de poner manos sobre los que le dieron el sér; porque aquel niño, acostumbrado solamente á ser obedecido y no á obedecer, ha impuesto siempre su voluntad, á todos los que le rodean: él fué á la escuela solo cuando quiso; él tomó los abominables ejemplos de sus malos compañeros; él malgastó el dinero que á sus padres costaba tantos sacrificios y no pocas privaciones; él aprendió á jugar y á saborear el licor, porque disponía á su arbitrio del tiempo y el dinero; en una palabra, él ha sido libre y no reconoce autoridad alguna: ese niño es hoy un pillastrón, es el cáncer de la sociedad, es la afrenta de su familia. Y ¡ay de los padres si se atreven á reprimir los desmanes de su hijo! Vendrán sobre ellos amargas pesadumbres y sobre el desdichado hijo, la reprobación, el anatema.

La gente menos culta va por el lado opuesto. Estos maltratan brutalmente á sus pobres hijos: las despiadadas madres aporrean á las inocentes criaturas solo porque lloran ¡tal vez de hambre ó por algún dolor! Yo he visto á esas madres, ó mejor dicho, á esas madrastras, castigar con todo el furor de su cólera á la inocente víctima, solo porque sus diminutas pierrecitas no pueden dar alcance á aquella furia infernal. Esto y mucho más hacen tales madres, indignas de tan dulce nombre; pero no se crea que hacen esto por educar, lo hacen por ignorancia, porque así fueron criadas ellas, porque los buenos sentimientos son para ellas desconocidos. ¡Cuántos impedimentos físicos, cuánto trastorno de inteligencias, cuántas enfermedades y cuántos infanticidios, de que no tiene conocimiento la autoridad, son la natural consecuencia de semejante modo de educar! ¡Qué corazón humano no sentirá la más justa indignación en presencia de acciones tan atroces!

Y á pesar de esto, mayores estragos causa la mala educación que la ignorancia. Digno es de lamentarse que la civilización corra parejas con la inmoralidad; más no queremos probar que esta sea consecuencia precisa de aquella: la verdadera civilización conduce al hombre á la perfectibilidad. Pero sucede con esta como con las medicinas, que se hacen para dar la salud, pero que abusando de ellas, dan la muerte. El mal está en creer erróneamente que la impiedad, la irreligión, la libertad de conciencia, la libertad de acción y el cinismo, son parte de la civilización. Veámoslo sinó. ¿Quién puede negar que en nuestro siglo hay mucha, muchísima más civilización—al menos entre nosotros—que en el siglo pasado?

Retrocedamos ahora un paso y coloquémonos entre nuestros abuelos. ¡Qué costumbres tan puras se nos presentan á la vista! Los crímenes casi son desconocidos: la noticia de un suicidio produce los efectos de una horrible catástrofe, y los ancianos se disciplinan, y vapulan á sus hijos para desagaviar la justicia divina, ofendida con crimen tan inaudito. Los hijos de luenga barba inclinan humildes su altiva frente ante un débil anciano, encorvado por los años,

que desde su lecho castiga con temblorosa mano la más ligera falta de aquel hombre de 40 años. ¡Qué santidad, qué pureza y qué fidelidad en los matrimonios! Los hijos ilegítimos apenas se conocen, y ellos y sus padres son señalados con el dedo. Una unión ilícita es un verdadero escándalo, y los mancebos viven aislados porque la sociedad ve en ellos el veneno del áspid. Las familias viven en una paz y armonía envidiables, que hacen olvidar por un momento las penalidades de la vida. La buena fé es la base de sus acciones, y un cabello arrancado de la barba es una prenda de garantía, más valiosa, si se quiere, que una escritura de hipoteca: sobre esa prenda se prestan millares de pesos. Los sacerdotes y los ancianos son mirados con profundo respeto, con veneración. Las horrosas blasfemias, importadas por los españoles de mala ley, no hieren sus oídos.

Comparemos ahora la ignorancia de nuestros abuelos con la civilización de nuestro siglo, aquellas puras y sanas costumbres con la corrupción, la impiedad, el libertinaje é inmoralidad presentes. ¡Qué antítesis! Hoy los venerables ancianos son para nosotros objeto de burla: los sacerdotes, y en general toda autoridad eclesiástica, nos inspiran desprecio, antipatía: hacemos caso omiso de las correcciones y consejos de nuestros padres, sinó es que despreciamos con insolencia sus justas advertencias: religión y oscurantismo son sinónimos para nosotros, y hasta quisieramos suprimir la idea del Dios justo, porque su justicia y santidad se levantan aterradoras ante nuestra conciencia embotada en los goces materiales y enturbian el cielo de nuestra terrena felicidad. Hoy vemos sin horror y hasta con fría indiferencia el cadáver de un suicida: los homicidios, la prostitución de la juventud, los hurtos, la falsedad, la ebriedad en los hoteles, restaurantes, cantinas y tabernas, todo eso lo vemos muy natural, nada nos asusta ni nos escandaliza; pero es que estamos civilizados, no somos oscurantistas ni fanáticos.

Como una prueba palpable de lo que dejamos demostrado es: que en los pueblos no civilizados hay menos prostitución, menos ebriedad, menos homicidios, y suicidios, menos impiedad que en las ciudades; en una palabra, más moralidad, porque se teme más á Dios, porque el veneno de la cronea civilización no ha tocado todavía á sus puertas.

UN CIUDADANO.

Fenelón y el pobre Perico.

Sin duda no os es desconocido el nombre de *Fenelón*, el sábio y piadoso arzobispo de Cambrai. He aquí la historia de su primer sermón:

Doscientos años atrás, en tiempo de Fenelón, había la costumbre de que los jóvenes que aspiraban al estado eclesiástico, se ensayaran á hablar en público por medio de ciertos ejercicios oratorios, y al objeto abríanse frecuentemente los salones de los más grandes palacios de París, en los que se reunía una brillante concurrencia de señores y señoras cristianas, delante de la cual debían hablar los jóvenes aspirantes.

Fenelón tenía quince años y llevaba ya el traje talar. Era devoto como un ángel, lleno de gracia y modestia, laborioso, sábio, á pesar de su tierna edad, y sobre todo muy caritativo para con los pobres. Su padre, el marqués de Fenelón, escogió el palacio de Boufflers para el estreno de su joven seminarista; tan seguro estaba de que obtendría un éxito brillantísimo. En consecuencia señaló el día, á pesar de la resistencia del modesto Fenelón, y las más ilustres casas de la nobleza fueron invitadas á oírle.

Ya estaban reunidos en el gran salón preparado al efecto todos los señores y grandes damas de la corte de Luis XIV, ya cada cual había ocupado su asiento, y el joven predicador no parecía. Admirábanse todos de ello, y su padre, muy desazonado por aquel retardo que no comprendía, esforzábese en excusar su falta delante de la señora de Boufflers y de dos principales personajes de la reunión.

Entra por fin en la sala el joven Fenelón, y con la frente cubierta del rubor de la modestia, se coloca delante de una mesa preparada al efecto. Cesan las conversaciones y el más profundo silencio reina en todos los ámbitos del salón.

—Señores y señoras, dice, pidoos perdón por haber hecho esperar un auditorio tan ilustre; pero aun cuando os hubiese hecho esperar una hora más, y aun cuando hubiese estado aquí presente el mismo rey, no hubiera vacilado en hacerlo.

—Al llegar al palacio de Boufflers, he visto en la esquina de una casa á un pobre niño saboyano, tendido sobre el duro suelo y medio cubierto por los espesos copos de la nieve, que en estos momentos está cayendo en abundancia. Dolorosamente afectado por semejante espectáculo, me he detenido, y acercándome al desgraciado niño, héle dicho:

—¿Qué haces aquí, amiguito mío?

Púsose á llorar amargamente, y sin responder á mi pregunta ha murmurado estas palabras de desesperación:

—Quiero morir.

—¿Morir, pobrecito! ¿Eres, pues, muy desgraciado? ¿no tienes ninguna persona que te quiera?

—¡Oh! sí, soy muy desgraciado, exclama el niño. ¡Estoy perdido! No puedo volver ya al lado de mi madre; no me queda más recurso que morir.

Entonces le he preguntado su nombre, su edad y las causas de su dolor; y héos aquí como me ha contado su historia:

—“Me llamo Perico; tengo doce años. Soy saboyano, y luego hará cinco años que salí de mi tierra y de la casa de mi madre. He trabajado tanto como he podido en limpiar chimeneas, y con el fin de poder volverme cuanto antes á mi patria y de llevar á mi querida madre una corta pacotilla, ponía aparte todo lo que ganaba. Cuarto á cuarto, maravedí á maravedí, había llegado á reunir trescientas quince libras, las cuales había ocultado bajo un ladrillo del miserable desván donde me retiraba por las noches.

“Con el corazón lleno de satisfacción y contento, disponíame á partir con dos parientes que vuelven á Saboya; cuando hé aquí que esta mañana, al levantar mi ladrillo para tomar mi tesoro y llevarme el fruto de mis economías en un saco, me he encontrado con que no había nada. . . . Todo me lo han robado. No me atrevo más á volver á mi tierra. Dirían que he hecho el calavera, y que me he olvidado de mis padres. No; soy tan desgraciado, que no tengo más recurso sino morir.

—Tal es, señores y señoras, continuó Fenelón, tal es compendio lo que me ha referido el pobre Perico, que casi no podía hablar á causa del intenso frío que se había apoderado de él, y de los sollozos que ahogaban su voz. Le he tomado en mis brazos y le he llevado á la habitación del conserje de este palacio, al cual le he confiado.

“Puesto que la Providencia me deparaba tan bella ocasión de hacer una buena obra, no he querido dejarla escapar; y ya que el pobrecito de Jesucristo ha encontrado un asilo momentáneo en el mismo palacio en que os habeis reunido para oírme, he creído de mi deber pedirlos que cooperéis á esta buena acción, y he preferido hablarlos del infortunado soboyano á di-

rigiros el discurso que de mí esperábais. En nombre, pues, de Nuestro Señor Jesucristo, padre de los pobres y consuelo de los afligidos, os pido que reunáis ahora mismo vuestras limosnas en favor de mi protegido, cuya suerte tenéis en vuestras manos. Una moneda de plata ú oro es poco para vosotros, pero para ese pobre niño es mucho, es la alegría, la vida y la felicidad. Dad, señoras, que Dios os lo pagará.”

Este improvisado sermón, tanto más conmovedor cuanto más sencillo era, arrancó de los ojos de muchos lágrimas que no hubiera hecho derramar cualquiera otro discurso.

El joven Fenelón, que estaba también muy conmovido, y, preciso es decirlo, algo turbado por el temor de haber sido temerario, se disponía á hacer la cuestión en favor del pobre Perico, cuando la marquesa de Boufflers, que había mandado un criado con orden de hacerle venir, apareció en medio del noble y brillante concurso, llevando de la mano al saboyanito.

La vista del pobre niño, en cuyo rostro gracioso y cándido veíanse retratados á un mismo tiempo el dolor y el aturdimiento, acabó de confirmar los buenos sentimientos que la relación de Fenelón había despertado en todo el auditorio. Hicieronse muchas preguntas al niño, que en su jerga original contó de nuevo los detalles que acabamos de referir. La señora de Boufflers defendió también su causa con tanto calor é inteligencia como caridad, y declaró que quería hacer por sí misma la cuestión en el gorro de Perico.

—Solamente os advierto, dijo, antes de empezar, que no admito sino oro.

Y como diese la casualidad de que ella no tuviese ninguna moneda de oro, quitóse un pendiente y lo dió.

Los luises y los dobles luises cayeron como espeso granizo dentro del viejo gorro, que jamás había asistido á una fiesta semejante.

El buen Fenelón lloraba de alegría en un aposento inmediato, á donde había ido á ocultar su emoción.

La cuestión produjo más de dos mil libras. El niño creía estar soñando y no sabía persuadirse de que todo aquel oro fuese para él. Cuando estuvo bien convencido de ello, olvidándose de todas las personas que le rodeaban, y no pensando sino en su madre, púsose á saltar, llorando y riendo al mismo tiempo.

La marquesa de Boufflers, después de haber dado afectuosas gracias á Fenelón, en nombre de toda la reunión, por la velada verdaderamente excelente que acababa de hacer pasar á todos, retuvo por algunos días al saboyanito en su palacio, en el cual se le prodigaron toda clase de cuidados por orden de la misma. Vistióle de piés á cabeza, dióle hermosos regalos para su padre, madre, hermanos y hermanas, pagóle el viaje, y completando la suma de tres mil libras, encargóse de hacerla llegar por conducto seguro á la madre del niño.

Tal fué el primer sermón de Fenelón. Posible es que en lo sucesivo, cuando era sacerdote y arzobispo de Cambrai, hiciera otros tan buenos; pero á buen seguro que jamás hizo otro mejor.

(Veladas religiosas.)

CONDICIONES

“El Católico” sale todos los Domingos.

Suscripción por serie de 12 números \$ 1—0

Número suelto, 0—1

TIPOGRAFÍA DEL COMETA, PLAZA DE SAN JOSÉ—N.º 28